

PAISAJES CUBANOS

PAISAJES CUBANOS

PAISAJES

CUBANOS

1971

PAISAJES CUBANOS

PAISAJES CUBANOS

PAISAJES
CUBANOS

Cuando un habanero llega a una comarca rural, casi siempre, pronuncia exclamaciones de asombro ante la belleza del paisaje que le rodea.

¿Por qué este mismo paisaje no hace levantar la vista al campesino que vive allí? Existen varias explicaciones. La primera es que la costumbre, el hábito, nos hace vivir en forma casi automática, sin fijarnos en las cosas que tenemos a nuestro alrededor, a no ser que resulten imprescindibles para resolver las necesidades cotidianas. El habitante de la ciudad, en igual forma, no disfruta de la vista que le ofrecen las calles de su vecindario que a un campesino podrían resultar interesantes.

Otra razón, y esta es más importante, es que, en general, en nuestro pasado, el campesino ha sido tan brutalmente explotado; su vida ha sido tan precaria que la claridad del día, a veces no bastaba para resolver los problemas más vitales de subsistencia.

En esta situación, no hay ser humano que pueda admirar o disfrutar del panorama que le rodea.

Los pintores han sido quienes, con su pupila atenta, se han fijado en los paisajes y los han incorporado a su temática plástica. El paisaje rural, pues también puede ser urbano, es una forma en la que el artista crea un mundo nuevo, totalmente humano, que él, con su trabajo creador, hace brotar del lienzo.

Un paisaje en un espejo en el que vemos reflejado las características del autor y su época. La naturaleza, el campo, los palmares, el arroyo, son los mismos de hace cien años. Si esto es así, ¿por qué

los cuadros de hoy son distintos a los del siglo pasado? Somos nosotros y no los paisajes los que hemos cambiado.

Antiguamente el paisaje pretendía ser objetivo; es decir, el pintor trataba de pintar "exactamente" lo que él veía frente a sí, creyendo que su mirada era igual a la de todos los demás hombres. Hoy sabemos que cuando un artista pinta un paisaje u otro tema cualquiera lo hace con la mirada de su época, de su sociedad y, en último lugar, de su individualidad. Así los paisajes pintados en el siglo XIX en Cuba nos dejan ver la idealización con que la clase burguesa, la clase poseedora de esas tierras, los veían; nos dejan ver cómo, aquella sociedad, a pesar de ser cubana, veía nuestros campos con la mirada romántica, nostálgica, totalmente coincidente con el sentir europeo, cuya cultura y maneras trataba de imitar. Una campiña envuelta en las brumas del atardecer, ofreciendo una sensación de calma, de reposo, de tranquilidad, que no presagiaba la inconformidad, la rebeldía y la próxima sublevación, que ya se estaba gestando en los círculos criollos.

No es hasta los años 30, ya bien avanzada la etapa pseudo-republicana y como una reacción al desengaño político, que se empieza a ver, coincidente con el resurgir de nuevas esperanzas, un paisaje cubano con pupila discriminadora en el que se separa la tradición romántica como lastre de sentimientos culturales, ajenos a los problemas reales, desgarradores de la triste situación cubana.

En nuestro actual paisaje, que será tema de futuras pinturas, el campo seguirá ahí, las palmas estarán ahí, el arroyo seguirá ahí, pero... para nosotros que somos distintos, el paisaje habrá cambiado, el sol será más intenso, la vegetación será más verde, más rica la producción, el agua no será el romántico espejo de la luna, sino la presa capaz de almacenar millones de metros cúbicos de agua fertilizadora; el bohío no será más que un recuerdo, una pieza de museo entre los imponentes bloques de viviendas monolíticas con todas las comodidades de nuestra época; en ese paisaje del futuro no se verán reflejadas las esperanzas frustradas de la falsa aristocracia, sino que tiene que ser el reflejo de la lucha de toda una sociedad contra el pasado, tiene que ser el reflejo de la fe en el triunfo; tiene que ser la expresión de la alegría de un pueblo, que se ha propuesto a fuerza de trabajo, vivir una vida mejor.

Diseño: César Leal

Impreso en los talleres del CNC

CONSEJO NACIONAL DE CULTURA